

LOS PRIMEROS "100 DIAS" DE BILL CLINTON

(Ann Reilly Dowd, en *FORTUNE*)

¿Y ahora qué?. Después de 13 meses de activísima campaña, el presidente-electo, Bill Clinton, tiene sólo dos meses para prepararse para gobernar. De aquí en adelante, cada decisión -sobre la economía, sobre la nueva legislación, sobre la composición de su equipo de gobierno- le exigirá tomar partido por una u otra de las dos grandes corrientes -la progresista y la conservadora- de su Partido Demócrata, cosa que el candidato Clinton, con gran habilidad, había eludido hasta ahora. Según Barry Rogstad, presidente de la American Business Conference, un grupo de 100 activas y prósperas empresas de dimensión media, "vamos a presenciar una tremenda lucha para ocupar la mente de Clinton. La diferencia entre que ganen unos u otros será enorme".

Las expectativas son grandes. Contrariamente a lo sucedido en 1988, en que George Bush descartó en todo momento la noción de que pudiera producirse un inicio de presidencia realmente movido, Clinton ha prometido una actividad febril desde el momento en que se instale en la Casa Blanca. "Quiero uno de esos grandes 100 días", le dijo a *FORTUNE* al principio de la campaña. "Querría hacer muchas cosas en el menor tiempo posible". Cualquier presidente ansioso de hacer cambios -incluso si su partido controla el Congreso- necesita actuar mientras cuente aún con la atención y la buena disposición de Washington y del país. Norman Ornstein, un "political scientist", lo dice así: "Clinton debe actuar rápidamente en la definición de su programa, para luego pedirle al Congreso que lo apruebe, como hizo Ronald Reagan en unas pocas y rápidas votaciones. De lo contrario, como le ocurrió a Jimmy Carter, Clinton podría encontrarse pronto a la deriva".

En sus primeros 100 días, es decir, aproximadamente, desde el día de la "inauguración", el 20 de Enero, hasta el 1 de Mayo, el próximo presidente ha prometido concentrarse en tres grandes objetivos de política interior:

- * Estimular el crecimiento económico y la creación de empleo. Lo haría mediante: **1)** con un gasto en infraestructura, educación, formación profesional e investigación y desarrollo de 30 m.m. de dólares, por lo menos, por encima de lo que prevé el presupuesto federal para 1993; **2)** estableciendo una bonificación fiscal para las empresas que incrementen la inversión; y **3)** concediendo ayudas fiscales a las ganancias de capital para los recién llegados.
- * Elaborar un plan a largo plazo para la reducción a la mitad en cuatro años del déficit presupuestario, y esto a través de una elevación de los impuestos a los ricos y a las compañías extranjeras, por un lado, así como de la disminución del gasto en defensa y de una ralentización del crecimiento de otros gastos, como el Medicare.
- * Puesta en marcha de un plan que ha de conducir al establecimiento de un seguro de enfermedad universal, y provisión de los medios que han de evitar el excesivo y continuado aumento de los costes de las atenciones médicas.

Ahora bien, en cada una de estas cuestiones se observa una división entre los asesores de Clinton, por lo que no debe sorprender que los detalles sobre todo ello sigan siendo desconocidos. Piénsese en la política fiscal. Clinton ha insistido hasta ahora en que sus iniciativas sobre inversión no supondrán un incremento del

déficit. Es más, tales iniciativas se han de ver compensadas por nuevos ingresos fiscales o con reducciones del gasto. Esta visión de las cosas es juzgada con grandes aprensiones por los que sienten pánico ante el enorme volumen del déficit. Entre ellos se hallan Robert Shapiro -del Progressive Policy Institute, un "think tank" que defiende la economía de mercado-, los banqueros Roger Altman -del Blackstone Group- y Robert Rubin -copresidente del Goldman Sachs- y amigos legisladores tales como los senadores Sam Nunn, de Georgia, y David Boren, de Oklahoma.

Frente a ellos se halla un grupo influyente dirigido por antiguos compañeros universitarios del presidente-electo encabezados por Robert Reich, de Harvard, e Ira Magaziner, consultor de empresas, y del que forman parte economistas como James Tobin, de Yale, y Alan Blinder, de Princeton. Este grupo sostiene que la expansión es tan débil que Clinton ha de proceder a una reactivación urgente, aunque ello suponga retrasar algo la corrección del déficit fiscal. Si los gastos adicionales y las bonificaciones fiscales se dirigen al fomento de la inversión, no tiene gran importancia -dicen- que el déficit previsto para 1993 -de 341 m.m. de dólares- aumente en otros 60 m.m. Y para tranquilizar al mercado de bonos, el mismo grupo sugiere que la puesta en marcha de su plan expansivo se condicione a la aprobación por el Congreso de un programa a largo plazo para la reducción de dicho déficit, programa, con todo, que no empezaría a producir verdaderos efectos más que en 1994, o más tarde aún. El grupo, en cualquier caso, admite que para que dicho programa fuera tomado en serio debería incluir recortes en capítulos tan sagrados como las subvenciones a la agricultura y la Seguridad Social.

¿De qué lado se inclinará Clinton?. Sus asesores dicen que no adoptará ninguna decisión antes de Diciembre o Febrero. De todos modos, todo hace prever que si la situación se mantiene más o menos como en los últimos tiempos, sea la primera de las dos opciones reseñadas la que predomine.

Al objeto de minimizar los enfrentamientos en los primeros 100 días y mantener la atención del Congreso sobre sus principales prioridades, Clinton presentará probablemente en primer término los programas controvertidos que no tienen una repercusión inmediata en el presupuesto. La difusión de sus llamadas a favor de la sustitución de las prestaciones asistenciales indiscriminadas por la multiplicación de los puestos de trabajo ("replace welfare with workfare"), así como la adopción de "standards" nacionales para los exámenes y la calificación en la enseñanza primaria y secundaria -noción contemplada con recelo por los sindicatos de enseñantes- se incluyen dentro de dicha categoría. Por otra parte, Clinton puede conseguir la aprobación rápida de su plan para proporcionar una mejor formación a los jóvenes no universitarios, y lo mismo ocurre con la posibilidad de ver aprobada por lo menos una versión limitada de su propuesta de facilitar créditos para estudios a todos aquellos jóvenes que se muestren dispuestos a liquidarlos con dos años de servicio nacional.

El nuevo presidente insistirá asimismo para conseguir un mayor gasto en investigación y desarrollo civiles, así como para proyectos de infraestructuras, principalmente de carreteras y puentes este año, pero con la idea de pasar seguidamente a los proyectos de alta tecnología como son los de una red de fibra óptica y un tren de alta velocidad. Ira Magaziner ha dicho que el equipo de Clinton empezará pronto a contactar expertos de todo el país con el fin de conseguir las colaboraciones que permitan canalizar adecuadamente este gasto, de forma que se convierta en un conjunto de inversiones útiles para la promoción de la productividad.

Una idea que están considerando los asesores de Clinton es la creación, con el apoyo federal, de un banco de inversión, el cual, sin embargo, funcionaría como un banco privado. Los estados, los municipios y las instituciones privadas podrían recibir créditos del mismo para la financiación de proyectos de infraestructura, entendiéndose, con todo, que la presión de los accionistas, así como la necesidad de obtener un beneficio, minimizarían las operaciones de cariz electoralista. "Nuestra manera de pensar ha evolucionado con los años", dice Magaziner, un antiguo adepto de los sistemas de planificación centralizada. "En toda la medida de lo posible deseamos confiar en el mercado, no en los burócratas".

En el campo fiscal, las propuestas de Clinton deberían prosperar sin dificultades en el Congreso. Los titulares de pequeños negocios, que frecuentemente pagan los impuestos de sus empresas como individuos, están preocupados por los incrementos del tipo de la categoría superior, que ha de pasar del 31% al 36% o más, aparte de otras modificaciones anunciadas. Con todo, la mayor parte de los directivos de las grandes empresas ven bien la promesa de Clinton de reducir los impuestos que gravan las ganancias de capital en el caso de inversiones a largo plazo de empresas nuevas, de prorrogar indefinidamente las bonificaciones por trabajos de I&D y de conceder desgravaciones fiscales del 10% cuando se produzcan gastos en plantas y equipos. (Los detalles de estas bonificaciones y exenciones están todavía por decidir. Según decía un asesor de empresas de Washington, "me importa un bledo que eleven el tipo para las rentas más altas si nos otorgan bonificaciones reales de impuestos cuando se produzcan inversiones. El resultado sería positivo").

Más preocupante es el plan de Clinton de recaudar unos 45 m.m. de dólares en cuatro años haciendo más severas las normas fiscales aplicables a las empresas extranjeras que operan en Estados Unidos. El Congreso se muere de ganas de obtener más recursos de firmas como Nissan y Toyota, que disfrutaban de un gran mercado en Norteamérica pero que pagan pocos impuestos en este país. Los expertos fiscales creen, con todo, que es poco probable que el Internal Revenue Service pueda ingresar mucho más de mil millones adicionales al año por este concepto. Además, tal medida podría desencadenar medidas de retorsión en otros países contra multinacionales norteamericanas, sin contar con los efectos negativos que podría suponer por lo que al establecimiento de firmas extranjeras en Norteamérica se refiere.

Un temor probablemente exagerado es que el nuevo presidente pueda pretender un aumento importante del gravamen sobre sucesiones. Ahora, cada ciudadano puede legar 600.000 dólares libres de impuestos a sus sucesores. Las parejas pueden legar un total de 1'2 millones. Cuando los congresistas demócratas, hace unos meses, buscaban la manera de financiar la ampliación del seguro de enfermedad, algunos sugirieron la posibilidad de bajar tal cifra a 200.000 dólares por persona. Resulta, sin embargo, que el candidato Clinton nunca habló de este asunto, y es poco probable que lo haga ahora, particularmente teniendo en cuenta que esto enfurecería a los "lobbies", tan fuertes políticamente, de los propietarios agrícolas y de los pequeños empresarios.

Si Clinton necesita recursos adicionales para mantener el volumen del déficit, lo más probable es que aumente los impuestos que gravan actividades que él considera nocivas. Ya ha propuesto, y puede obtener impuestos más elevados sobre la contaminación y sobre las elevadísimas pagas de los grandes ejecutivos, así como la eliminación de deducciones para otras actividades. "Otra posibilidad son unos mayores gravámenes sobre los cigarrillos y el alcohol".

Más adelante, dicen los íntimos, Clinton puede ir tras un nuevo impuesto de amplia base sobre el consumo. Este podría ser un "energy tax", o un impuesto sobre el valor añadido, o incluso un sistema fiscal totalmente nuevo como el que presentaron recientemente el senador demócrata Sam Nunn y el senador republicano Pete Domeneci, en el que quedaría exento todo dinero ahorrado o invertido, gravándose sólo las rentas individuales o corporativas que se destinen al consumo. A este respecto, un cualificado asesor se expresa así: "Esto no ocurrirá en los primeros 100 días. Pero a largo plazo éste es sin duda el camino a seguir".

Tan radical solución puede ser necesaria en último término para compatibilizar el costoso programa de inversiones de Clinton con la promesa de éste de reducir el déficit. Si bien los números presentados durante la campaña -cuando prometió una reducción del déficit a la mitad para 1996- no cuadran, la promesa sigue en pie, dicen los asesores del presidente-electo. Bob Rubin, de Golden Sachs, lo comenta así: "En Junio último Clinton nos pidió a ocho de nosotros que nos sentáramos junto a él en su sala de estar de Little Rock y que habláramos de economía. Lo que vimos fué una persona que creía firmemente en la inversión pública, pero que no había valorado en todas sus implicaciones la importancia de la reducción del déficit. Esta es la razón

de que le costara tanto incorporar la subida de impuestos en su plan. Así, pues, ¿es del todo serio cuando se refiere ahora a tal reducción?. ¿Tendrá la voluntad de llevarla a cabo?. En mi opinión, sí".

Algunos asesores están pensando ya en aplazar o cancelar los propuestos recortes de los impuestos que gravan a la clase media, los cuales suponen sólo 500 dólares al año por cada familia de cuatro miembros pero cuya supresión representaría para el Tesoro una pérdida de 60 m.m. de dólares en cuatro años. "Las posibilidades de mantener tal promesa son del cincuenta por ciento", dice uno de los próximos al presidente-electo.

Por lo que se refiere a la eliminación de gastos, Clinton dijo durante la campaña que incrementaría las primas al Medicare para los ricos, e insinuó que tal vez recortara la Seguridad Social gravando más sus beneficios. Derek Shearer, un profesor de administración pública en el Occidental College de Los Angeles y amigo de Clinton desde los años de Oxford, asegura que "la gente se sorprenderá de la buena disposición del nuevo presidente para eliminar programas innecesarios". A modo de analogía, se dice y se repite sin cesar estos días que de la misma forma que sólo Nixon pudo ir a China, sólo un presidente demócrata -justamente porque nadie lo espera de él- estará en condiciones de contraer un gasto no siempre justificado.

Puede que así sea. De lo que no hay duda es que los líderes del Congreso parecen haberse convencido de la preocupación de los ciudadanos por el problema del déficit, como quedó dramáticamente reflejado en el 19% de los votos obtenidos por Ross Perot. Dice el líder de la mayoría del Senado, George Mitchell: "Debemos aprobar un programa que suponga una reducción significativa del déficit". Pero más importante puede ser el precio que un mercado de bonos nervioso exigirá si se fracasa en tal cometido. Rumores de que Clinton pudiera adoptar importantes medidas reactivadoras hizo subir medio punto el tipo de los bonos el mes anterior a las elecciones. Esto llevó a Clinton a desautorizar tales rumores y obligó al asesor Shapiro a celebrar varias conferencias de prensa destinadas a tranquilizar a los inversores institucionales.

Para subrayar el mensaje de que es un nuevo tipo de demócrata, Clinton, casi con toda seguridad, se mostrará severo contra la excesiva burocracia federal. Como declaró a FORTUNE, "cuando hablo de reinventar la administración, lo digo en serio, créanme". Todo hace pensar que se dará prisa por disminuir el número de personas que trabajan en la Casa Blanca y por eliminar las imágenes de prerrogativas exageradas como son los aviones y los enormes automóviles utilizados -a veces sin ton ni son- por los grandes servidores del Estado.

También puede que apoye Clinton una serie de propuestas más ambiciosas de reforma, elaboradas por el asesor David Osborne, un experto en innovaciones administrativas. Una de éstas designa a varios departamentos federales como "Organismos en curso de Remodelación" ("Reinvention Agencies") y les exige que reduzcan sus presupuestos un 6% anual, aunque concediéndoles una flexibilidad sin precedentes para la reforma de sus operaciones. Clinton puede asimismo pedirle al Congreso que nombre una comisión que consolide unas 450 donaciones que van ahora a diferentes estados y municipios formando un único bloque de ayuda a gobiernos locales. El efecto de ello sería que los estados tendrían más libertad en la utilización de tales recursos y que Washington ahorraría dinero.

La defensa de tales proposiciones enfrentaría al nuevo presidente con los sindicatos de la función pública, que temen la pérdida de puestos de trabajo. Resulta, sin embargo, que Clinton ha establecido ya las bases para un posible compromiso al prometer a los sindicatos que no habrá una política de despidos y que dará su apoyo a otras cuestiones importantes para el mundo laboral como pueden ser la legislación sobre permisos por razones familiares. Por lo menos Osborne es optimista: "No hay duda de que todo resultará difícil, pero nadie mejor que Clinton para reunir a un grupo de gente y elaborar una solución. O te enfrentas con estos problemas durante la luna de miel o no lo haces nunca".

Ninguna de las mayores prioridades del nuevo presidente es más crítica -o más potencialmente conflictiva- que la reforma del seguro de enfermedad ("health care"). Clinton se muestra partidario de la "competencia controlada" ("managed competition"). Según este concepto, los norteamericanos recibirían incentivos para abandonar el seguro tradicional y en su lugar se incorporarían a grandes grupos de proveedores de asistencia sanitaria que proporcionan servicios baratos y uniformados. Muchos serían grandes corporaciones que pueden ofrecer un menú de opciones asistenciales. Otros serían nuevas organizaciones constituidas para cubrir a los empleados de pequeñas empresas o al personal de la Administración. Todos estos grupos negociarían con los aseguradores, médicos y hospitales para obtener unas atenciones de calidad a precios razonables. Sus defensores señalan que, a la larga, esta solución conduciría a una reducción de costes, el aumento de los cuales amenaza ahora a las familias, a las empresas y al gobierno federal.

A lo largo del pasado año se ha producido un notable consenso entre demócratas y republicanos a favor de tal "competencia controlada". Sin embargo, se avecinan grandes controversias a propósito de la manera de estructurar tal sistema. Clinton ha dicho que quiere propiciar la creación de nuevos órganos de la Administración para la elaboración de presupuestos nacionales y estatales para todo lo que sea seguro de enfermedad, tanto público como privado. Los progresistas han apoyado este punto de vista como contrapartida por haber aceptado la competencia controlada frente a su solución preferida, que era un plan de estilo canadiense por el cual el gobierno suscribe todo el seguro de enfermedad. Según el senador Jay Rockefeller, de West Virginia, uno de los asesores de Clinton, "no puede haber contención de costes si no se establecen presupuestos federales y estatales".

Algunos críticos subrayan que tales presupuestos conducirán inevitablemente a controles de precios y al racionamiento de los cuidados. Otros temen que estos topes se convertirán en mínimos. Así, otro de los que Clinton escucha, Jim Cooper, congresista por Tennessee, sostiene que si estableces un máximo del 9% para el aumento de costes, éstos subirán en un 9%. Deberíamos inclinarnos por un sistema de competencia controlada y dejar que el mercado actuara".

Pero los partidarios de tal sistema se hallan aún divididos entre sí a propósito de cómo pagar la ampliación de la cobertura del seguro para los 35 millones de norteamericanos todavía sin asegurar. Se trata de un problema para el cual nadie parece tener una idea clara.

Las grandes empresas no tienen nada que objetar ante el compromiso de Clinton de generalizar el seguro de enfermedad exigiendo que todos los que emplean mano de obra proporcionen cobertura a todos sus asalariados. La mayor parte de las principales compañías lo hacen ya. Las protestas, si acaso, pueden proceder de las empresas pequeñas, una cuarta parte de las cuales no tienen asegurados a sus empleados. Según el vicepresidente de la National Federation of Independent Business, John Morley, "moriremos en las trincheras para defender nuestros intereses".

¿Cómo podría Clinton superar esta situación?. Algunas fuentes del Congreso sugieren que puede intentar ablandar a los pequeños empresarios concediéndoles subvenciones, probablemente en forma de bonificaciones fiscales, las cuales servirían para cubrir los costes adicionales del seguro. Sea como fuere, y cualesquiera que sean los compromisos a que se llegue, el paso hacia una competencia controlada en este campo resultará extraordinariamente complicado. Pero Rockefeller insiste: "Esta es un oportunidad única".

Cuando haya terminado la actual batalla para convencer a Clinton sobre esto o lo otro y empiece la lucha en el campo legislativo, el presidente-electo puede encontrarse en la mejor posición ante el Congreso desde los tiempos de Johnson, pues si bien las mayorías de su partido son menores que cuando el último gobernador sureño llegó a Washington (los demócratas disponen de una ventaja de 269 a 175 en la Cámara de Representantes y de 58 a 42 en el Senado, frente a unos márgenes de 292 a 146 y de 61 a 39 bajo Carter), el caso es que Clinton cuenta con más aliados auténticos en Capitol Hill. El gran número de líderes

demócratas -la mayoría moderados, si no conservadores- con los que puede contar puede ser crucial a la hora de asegurar el éxito de su programa. Como ha dicho Leon Panetta, presidente del House Budget Committee, si fracasamos esta vez, con un presidente y un Congreso demócratas, el precio que deberemos pagar será enorme".

El presidente electo es también un magnífico vendedor. Lo que a Clinton le falta de elocuencia -hasta ahora no ha demostrado ser ni un Reagan ni un F.D. Roosevelt- lo compensa con su facilidad para ir a los detalles, con su exuberancia, con su insistencia. Habrá que ver a ese hombre, -calificado de "Robocandidate" por la prensa- cuando llegue la hora de poner en marcha alguna de sus iniciativas. Su presión ante el Congreso será enorme. Como dice su viejo amigo el senador David Pryor, de Arkansas, "Roosevelt y Johnson eran unos grandes aficionados al teléfono. Pero el país no ha visto nada aún. Clinton tendrá tres aparatos funcionando a la vez. Tiene un glándula adrenalina tan grande como una pelota de baloncesto".

Finalmente, Clinton aparece como estando ideológicamente en línea con los tiempos. Durante la pasada década, este joven veterano de la campaña presidencial de George McGovern, en 1972, ha trabajado para alejar al Partido Demócrata de sus posiciones tradicionales sobre imposición, gasto público y proteccionismo comercial, propugnando en cambio el incremento de la inversión y la expansión del comercio exterior -principales armas del crecimiento-, además de la justicia social. Tal posición moderada, unida al énfasis puesto en un mayor activismo estatal, lo hizo atractivo a las clases medias conservadoras, lo que hizo posible la victoria.

Ahora bien, para cumplir su promesa de unos 100 días fuera de lo corriente, el nuevo presidente debe reunir un gabinete y un equipo personal realmente eficaces e innovadores. Hasta ahora apenas ha hecho saber lo que piensa al respecto, ni siquiera a sus íntimos. Uno de éstos ha señalado que "a Clinton le gusta escuchar muchas opiniones distintas, para después establecer su dirección propia".

Con un par de excepciones, su equipo estará constituido por una nueva generación de demócratas brillantes y enérgicos, independientes, e incluso por republicanos de entre 30 y 40 años que han estado experimentando la manera de conseguir que la maquinaria gubernamental funcione mejor. Bienvenida sea la primera presidencia de los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial.

La selección de los miembros del gobierno -dice el director de la campaña electoral, Mickey Kantor- se hará igual como se hizo la del Vicepresidente, es decir, de una forma "meditada, exhaustiva y discreta". Al Gore no estaba en las listas de preseleccionados utilizadas por los que creían estar en el secreto de todo. Y, sin embargo, un equipo presidido por Warren Christopher, un antiguo Subsecretario de Estado -que ahora preside la transición- sugirió el nombre, y ahí está. Clinton no conocía bien a Gore, pero la designación se confirmó. Se trata de una cuestión de confianza. Ahora Gore está destinado a representar un papel de primer orden en la Casa Blanca.

Para ocupar los altos puestos económicos Clinton acudirá probablemente a viejos asesores suyos como Altman, Shapiro, Rubin, Reich y Magaziner, a pesar de las posiciones poco uniformes mantenidas por éstos. Pero sin duda habrá sorpresas. Para tranquilizar a los mercados financieros Clinton puede emular a John F. Kennedy, quien salió de su círculo de íntimos para quedarse con Douglas Dillon, Secretario del Tesoro republicano y banquero de Wall Street. Ahora, la fábrica de rumores se inclina por Paul Volker, el expresidente del Banco de la Reserva Federal, y por Felix Rohatyn, uno de los socios de Lazard Freres. para la cúspide del Tesoro. Pero lo más probable es que se produzca una sorpresa como en el caso de Gore. Como le decía a FORTUNE hace unos meses el propio Clinton, a éste le gusta que la gente exclame: "¡Vaya sorpresa!".

Los que participaron en la campaña deberían terminar en puestos importantes en la propia Casa Blanca. A la cabeza de la mayor parte de las listas figuran George Stephanopoulos -de 31 años, antiguo "Rhodes

scholar" y ayudante del jefe de la mayoría de la Cámara de representantes, Dick Gephardt, y quien durante la campaña actuó como director de comunicaciones- y el asesor político Bruce Lindsey, de 44 años. Un discreto abogado de Arkansas, Lindsey ha sido un confidente de Clinton desde finales de los años 60, cuando ambos estaban como internos al servicio del senador J. William Fulbright. "Bruce es una de las personas que le puede decir a Clinton que está equivocado", dice Pryor, quien más tarde empleó a Lindsey como ayudante legislativo.

Con la condición de que Clinton prosiga un curso moderado en sus nombramientos y en su política, el nuevo presidente podrá contar sin duda con la confianza de muchos de los dirigentes de las grandes empresas. Sir Denys Henderson, presidente y primer ejecutivo de ICI, la mayor compañía química británica, se expresa así: "Lo bueno es que Clinton, claramente, desea estimular la economía. Lo que no sabemos aún es si se mostrará tan abierto como Reagan y como Bush en materia de comercio internacional". Kazuo Nukazawa, director de Keidanren, uno de los grandes grupos japoneses, está asimismo muy tranquilo ante la nueva presidencia: "el programa de Clinton puede que no ayude mucho a Japón, pero por lo menos tendremos una política uniforme. Hasta ahora había habido muchas contradicciones".

Pero cualesquiera que sean los éxitos de Clinton en el control de las primeras fases de su actuación y en la consecución de la unidad de su partido, debe estar preparado para lo inesperado. En 1989, el impulso inicial de Bush se vió socavado -y sus planes presupuestarios demolidos- por las noticias sobre la magnitud de la crisis de las entidades de ahorro y crédito (S&Ls). La sorpresa de los primeros 100 días de Clinton puede ser alguna crisis exterior, tal vez en la antigua Unión Soviética, o en Yugoslavia, o en Irak, o en Korea; o algo que pueda ocurrir en el frente interior, como podría ser una sucesión de cierres bancarios superior a lo esperado. La forma en que sepa enfrentarse con tales eventos puede prolongar su luna de miel o, por el contrario, ponerle un rápido fin.

Una de las cuestiones de economía internacional a la que Clinton deberá prestar temprana atención es el acuerdo de libre comercio con Méjico, que Bush negoció. A pesar de la vigorosa oposición de los sindicatos obreros, el candidato Clinton prometió defender tal acuerdo, siempre que contenga las indispensables provisiones para la defensa del medio ambiente y la adecuada recalificación de los trabajadores norteamericanos que resultaran afectados por el tratado. Lo más probable a este respecto es que Clinton facilite el camino para la ratificación del convenio por el Congreso, al año próximo, proponiendo una generosa legislación en materia de formación profesional y obteniendo de los líderes mejicanos seguridades sobre la defensa del medio y sobre normas de seguridad para los trabajadores.

Europa podría suponer un problema mayor. Salvo en el caso de que Bush actúe rápidamente para desactivar las crecientes tensiones que se manifiestan en materia agrícola, Clinton puede encontrarse con que su acceso a la presidencia se produce en medio de una guerra comercial transatlántica. La confrontación ha hecho ya que se redujeran gravemente las posibilidades de alcanzar un acuerdo en el marco del GATT. Según Harald Malmgren, un importante exmiembro del equipo negociador norteamericano, "las conversaciones del GATT se han personalizado en exceso. Un equipo nuevo tendrá más posibilidades de salir del punto muerto actual".

Y queda, como siempre, Japón. Si su superávit comercial con Estados Unidos sigue creciendo, Dick Gephardt propondrá sin duda medidas de retorsión, las cuales podrían incluir nuevos contingentes y mayores aranceles para los productos japoneses. ¿Qué haría Clinton ante tal situación?. Probablemente se opondría a la adopción de restricciones generales para las importaciones japonesas y sugeriría medidas específicas sobre productos concretos.

El Congreso pondrá al nuevo presidente frente a una serie de disposiciones progresistas de inspiración demócrata, disposiciones que se han debido mantener archivadas durante la década de administración

republicana. Como advierte Stuart Eizenstat, antiguo asesor político de Carter, la demanda de tales textos será enorme, incluso más que en 1977, en que los demócratas habían estado fuera de la Casa Blanca durante ocho años, no 12".

Para ir ganando tiempo, Clinton publicará, con gran aparato, una serie de "executive orders" que harán la delicia de los activistas progresistas pero que no afectarán al déficit presupuestario. Puede esperarse la eliminación de la prohibición de Bush de investigar sobre los tejidos del feto ("fetal tissue research"), o alguna norma en materia de asesoramiento -financiado públicamente- sobre cuestiones relacionadas con el aborto, etc.

Lo que más preocupa al mundo de los negocios, en cualquier caso, es que Clinton firmará también una serie de resoluciones destinadas a imponerles nuevas responsabilidades, sociales y ambientales. "Mi mayor temor" -dice Wayne Valis, el hombre de Reagan encargado de los contactos con la comunidad empresarial- "es que lo que empezó tímidamente con Bush se acelere y llegue a ser una epidemia reglamentista con Clinton y Gore".

Una prioridad de los demócratas del Congreso es la rápida aprobación de una norma sobre permisos por razones familiares ("family-leave bill"), la cual garantizaría a los empleados hasta 12 semanas de permiso, sin sueldo, en casos de nacimiento o de adopción de un pequeño, o de muerte o enfermedad de un familiar. Clinton defiende esta medida, y también ha prometido firmar normas propuestas por los sectores laborales según las cuales se prohibiría la sustitución de trabajadores en huelga, o se indicaría el salario mínimo según la inflación.

¿Obligará la presión de los ecologistas más activos a modificar los criterios actuales sobre un mayor crecimiento?. "En Arkansas, cuando la elección era entre árboles y puestos de trabajo, la decisión de Clinton era siempre a favor de éstos", dice un viejo aliado local del presidente-electo. Es cierto que, como subrayaron los republicanos durante la campaña, Al Gore, en su "best-seller" *Earth in The Balance*, abogó a favor del incremento de la economía de carburante en los automóviles (sugiriendo que debían poder recorrerse 40 millas por galón, frente a los 28 actuales, en el año 2000). El caso es, sin embargo, que Clinton ha insistido en que no defendería esta solución si de ello iba a resultar una disminución de la competitividad de los constructores de coches norteamericanos. "Cuidado", dijo en el último debate presidencial, celebrado en Michigan, "yo soy un creador de empleos, no un destructor de ellos".

Por consiguiente, algunos de los más intensos temores del mundo empresarial pueden resultar excesivos. Asesores de Clinton tales como Shapiro, Tim Wirth (senador por Colorado y activo campañista, que puede acabar ocupando el departamento de Energía) y el mismo Al Gore, afirman que se pueden encontrar soluciones que promuevan a la vez la mejora del medio ambiente y el crecimiento. Por ejemplo, los impuestos sobre la contaminación ("pollution taxes").

Para disponer de una pronta indicación sobre el curso que se vaya a seguir en esta materia convendrá estar atentos a la actitud que adopte Clinton, el año que viene, a propósito de la reautorización de la ley sobre Especies en Peligro de Desaparición, así como de la legislación que regula el destino de desperdicios sólidos peligrosos. Se verá sometido a fuertes presiones para que no haga muchas concesiones al "lobby Verde", y puede tener que aceptar propuestas de la gente de la industria a favor de una promoción del reciclaje, frente a un aumento de las limitaciones.

En algunos casos, Clinton puede incluso representar un "relajamiento" de las reglamentaciones que pesan sobre la actividad de las empresas. Las autoridades bancarias han estado presionando fuertemente para contener los créditos concedidos a las pequeñas empresas, en parte como consecuencia de las presiones del Congreso. George Bush estaba tan aterrado por el escándalo de las S&Ls que apenas tuvo fuerzas para

que tal situación se suavizara. Clinton se halla en una mejor posición para persuadir a los correligionarios demócratas del Comité bancario para que cedan en alguna medida, e incluso es probable que nombre a un "Comptroler of the Currency" que pueda estimular una afluencia relativamente mayor de dinero hacia un sector de la economía que ha sido el motor creador de empleo en Norteamérica. Clinton, por otra parte, seguirá adelante, con toda seguridad, con su propuesta de crear una serie de "community development banks" financiados con dinero público y privado y modelados según el South Shore Bank de Chicago, que tanto éxito ha tenido y que provee de créditos a los pequeños negocios de su zona.

La principal virtud de Clinton es esta: su deseo de innovar y de encontrar nuevas soluciones para viejos problemas, soluciones que no se puede decir que sean de derechas o de izquierdas. Lo preocupante es que esta misma capacidad de apertura, así como el deseo de complacer a todo el mundo, pueda conducir a soluciones eclécticas poco útiles. "Hemos de tener la valentía de hacer cambios", les decía a sus electores el candidato Clinton. "Quiero que cambien de amigo". Los votantes manifestaron estar de acuerdo. Antes de 100 días empezaremos a saber si el presidente Clinton tiene la valentía de cumplir lo prometido.